

# La intentona monárquica en la Gran Colombia

Escribe: ALBERTO MIRAMON

Perdida la esperanza de establecer en Colombia una democracia parlamentaria o un simulacro de república, Bolívar, atormentado con el espectáculo que ofrecía América anarquizada, partió de Bogotá a fines de 1828 para Guayaquil, tratando de liquidar la guerra con el Perú, después de confirmar los atributos del poder al consejo de ministros.

Llegó así el año de 1829. Colocado entre el fracaso de la Convención de Ocaña y las esperanzas del Congreso Admirable, 1829 —dice don Tomás Rueda Vargas— fue año de especial actividad en el campo de la política internacional.

La carta que con fecha 29 de abril de 1829 dirigió Bolívar desde Quito al ministro de relaciones exteriores, y en la cual le autorizaba para que privadamente hablase con el encargado de negocios de Inglaterra, a fin de conseguir la ayuda de ese gobierno para salvar la república de la anarquía y la disolución, la interpretaron aquellos como velada autorización para llevar adelante los propósitos monárquicos que alentaban Urdaneta, Vergara y otros, “propósitos cuyo alcance, sin embargo, Bolívar ignoraba”.

Grande en la acción y grande en el infortunio, Bolívar jamás aspiró a una corona. Despreció la realeza en su orgullo español, individualista y, original en todo, prefirió el título de Libertador a cuantos pudieran ofrecerle. Pero de la dictadura, al proyecto de monarquía, todo era fácil para los usufructuarios de la aventura militarista que el país en plena anarquía había aceptado resignadamente.

Con miras de evitar para Colombia la intervención de los demagogos —escribe Joaquín Tamayo— los caudillos vieron en la democracia un impedimento a sus propios planes ambiciosos, y todos a una pidieron monarca.

El general Rafael Urdaneta —ministro de la guerra— era el amo en el Consejo de Gobierno. “Fue el general Rafael Urdaneta —escribe R. Botero Saldarriaga— el más caracterizado y dinámico de los ministros



del ejecutivo nacional por su tesón y audaces resoluciones en la empresa de la monarquía criolla. Restrepo quiso alejarse, pero los otros se doblaron y a su vez él se dobló”.

Al margen de ciertos personajes de tendencia civilista, partidarios acérrimos del ensayo monárquico, un grupo de militares acogió con delirio la oportunidad de seguir adelante por el camino de sus intrigas —dice el autor de *Nuestro siglo XIX*. Y explica: “No se trataba de una cuestión política trascendental, ni de saber si era mejor un rey o un presidente; los caudillos querían gobernar protegidos con el nombre de Bolívar o de un príncipe extranjero en su defecto. Reino o república les era igual...”.

Los planes monárquicos del general Urdaneta exigían la protección de una nación extranjera y el establecimiento de una casta nobiliaria, muy bien trajeada y sin oficio. Por expreso encargo de su excelencia el canciller Vergara, Leandro Miranda interviene en las conversaciones con ciertos gabinetes europeos para sondear la opinión de las cancillerías sobre el eventual cambio de régimen político.

El coronel Campbell escribía a lord Aberdeen el 7 de septiembre de 1829: “He recibido la visita del señor Miranda, subsecretario de Estado para los negocios extranjeros, quien nació y fue educado en Inglaterra... Como el señor Miranda es mi amigo íntimo, no me sorprendió su visita; pero después de la conversación general volvió sobre la cuestión de un cambio en la forma de gobierno de Colombia y me preguntó cuál creía yo ser la opinión del gobierno británico y si este se inclinaría a apoyar a Colombia para establecer una monarquía constitucional hereditaria bajo un príncipe europeo, después de la renuncia del Libertador (Bolívar). Le contesté simplemente que él sabía muy bien cuáles eran mis ideas privadas e individuales sobre el particular, es decir, que en el estado actual de Colombia si tal era como yo creía el sentimiento del país, y si ello pudiera realizarse fácilmente como lo pienso, en lo concerniente a Colombia misma, sin ninguna conmoción interna, la institución de tal forma de gobierno contribuiría más que ninguna otra a la estabilidad del país; pero que yo no podría empeñar las opiniones de mi gobierno... El señor Miranda dijo entonces que deseaba ansiosamente que pensara bien el asunto, porque recibiría una nota del señor Vergara exponiéndome los deseos de este gobierno sobre el particular, con súplica de comunicarla al gobierno de su majestad”.

Urdaneta continuó la intriga monárquica, a espaldas del Libertador presidente, ausente de la capital, y engañando a sus colegas de gabinete. Lo que pensó entonces y ejecutó se encuentra en su correspondencia.

“El ejército está con nosotros; —escribió a Montilla el 7 de abril de 1829— visto es pues que ha llegado el momento de cambiar nuestra forma de gobierno. Esta cuestión se ha agitado mucho aquí en los últimos días en reuniones confidenciales. Los del consejo están decididos a trabajar, y yo he tomado el encargo de avisarlo a los amigos y que nos pongamos de acuerdo antes de las elecciones. Todo el plan se reduce a apoderarnos de las elecciones, y que no vayan al congreso diputados que no estén en nuestras ideas, para que ese congreso decrete el cambio y nosotros lo sostengamos...”



“El Libertador no sabe de esto, ni conviene que sepa, porque podría ser un obstáculo. Nosotros debemos pensar en nuestra suerte futura, sin atender más a consideraciones que pueden cansar a la fortuna”.

“No existe en los treinta y tantos volúmenes de la Colección O’Leary —comenta Joaquín Tamayo— carta más desvergonzada... Monarquía para los caudillos de armas cubiertos de alamares, de plumas y cordoncillo de oro; mercedes para esos condes y barones con grandes y ricos feudos; honores y regalías para los advenedizos de cuartel. Para don Rafael Urdaneta, general maracaibero, el espaldarazo de nobleza y el grado de primer mariscal del Imperio de los Andes”.

Acaso solo tiene par en aquella otra que el 9 de septiembre dirigió a Páez y en la cual se lee este aparte:

“El (Bolívar) desea que las cosas se hagan; pero no quiere que se le consulte ni pregunte sobre una materia que le es embarazosa”.

En ese mismo mes de abril llegaron a la capital el conde Charles de Bresson, diplomático joven y hábil, agente confidencial del rey de Francia, y el hijo del mariscal Lannes, duque de Montebello, par de Francia, *vallié* a la restauración borbónica.

Los viajeros franceses, diestros en las artes del cuchicheo, deslumbraron a la sociedad santafereña bastante ingenua. “Sus modales, sus exclamaciones de salón, sus trajes de mucho viso, unidos al prestigio nobiliario de sus títulos, y a la simplicidad nuestra, les convirtieron en árbitros de elegancias masculinas y de la política nacional”.

“El canciller señor Vergara consultó el proyecto de monarquía con el enviado francés. Bresson acogió su confidencia con la cordialidad propia de quien nada pierde con escuchar secretos de Estado —comenta un autor—. Descubrió allí un campo para desarrollar sus cualidades de intrigante y alentó el enredo monárquico con sus recursos de hombre de mundo”.

El grupo de los antiguos santanderistas y el representante diplomático de los Estados Unidos no miraban con buenos ojos estos trapicheos. “La Santa Alianza —dice don Tomás Rueda Vargas— y la Doctrina Monroe partían el campo en el mundo. Aquí, en una ciudad que no alcanzaba a contener treinta mil almas, capital de un vasto territorio casi despojado, el príncipe de Metternich y el ciudadano Monroe se mostraban los dientes. El señor de Bresson pedía la monarquía con Bolívar a quien se daría por sucesor un hijo del príncipe de Orleans. El general Harrison, ministro de los Estados Unidos, y el cónsul de Méjico, señor Torrens, miraron con malos ojos la maniobra, e intervinieron más de lo aceptable en el chanchullo”.

Todas las armas eran buenas para herir al contrario. La rebeldía de Córdoba en Antioquia, en ese año, no la desaprovecharon Urdaneta y Estanislao Vergara para acusar a los diplomáticos americanos adversos a la monarquía.



“Aquí se ha recibido muy mal —decía Urdaneta a Bolívar en carta de 29 de septiembre— el movimiento de Córdoba; no faltan chisperitos, pero yo los seguiré. Hay un complot del cónsul Henderson, general Harrison, su secretario, Leidersdorf, Torrens; ahora mismo se está tratando de que se vayan, guardando las fórmulas; si no lo hicieren yo los haré irse”.

El 15 de octubre, escribe Vergara, por su parte al Libertador, olvidando toda compostura, según Parra Pérez, denunciándole “el complot infernal” de Harrison y del cónsul inglés Henderson quienes valiéndose del relojero Gooding, se proponían asesinar al canciller en compañía de Urdaneta, de Leandro Miranda, de García del Río y de Bresson.

En días anteriores, el 22 de septiembre, el propio Estanislao Vergara había dicho al Libertador: “Miranda escribe a V. E. largamente sobre los proyectos de Harrison, Henderson y Torrens, y sobre las buenas disposiciones del nuevo presidente de los Estados Unidos y del nuevo ministro de esa nación”. Lástima que no se ha podido hallar la carta de Leandro Miranda en las colecciones de documentos de la época.

Generosamente, monsieur Bresson, el diplomático francés, ofreció al fin “una corona para Bolívar y por sucesor un hijo del príncipe Luis Felipe de Orleans”. Los miembros del gabinete aceptaron regocijados lo propuesto sin meditar hasta qué punto les conduciría tal ofrecimiento.

Tan segura estaba la maniobra que, el 7 de octubre, Bresson anuncia a París el nombramiento de Salazar como secretario de Leandro Palacios, agente colombiano en Francia y comunica que el canciller Vergara “en previsión de que el gobierno francés acoja las proposiciones que se hacen, ha presentado al Libertador al señor Gual para el cargo de enviado extraordinario en París, y al señor Leandro Miranda, como su secretario”.

Luego, el agente francés adelanta los datos de uso sobre los candidatos:

“El señor Gual ocupó el puesto de ministro de relaciones exteriores durante muchos años; y no lo dejó temporalmente sino para representar a Colombia en el Congreso de Panamá. Vuelto hace poco de México, dirige hoy en Guayaquil las negociaciones con el Perú. Le he dado a conocer ya a V. E. como hombre hábil, mesurado y probo. El señor Miranda, hijo del general que concibió e intentó, el primero, la liberación de las colonias españolas, ha sido educado en Inglaterra. No se puede hablar de él sino en términos favorables”.

Pero lo más interesante de esta nota de Bresson es lo que sigue:

“En resumen, son dos elecciones buenas. Sin embargo, creo que eventualmente el general Sucre cuya reputación militar es tan brillante, cuya gracia, cordura y tacto se citan como modelos y que la opinión designaba, antes de estos proyectos, como sucesor del general Bolívar, sería un candidato todavía mejor y daría más peso al paso de Colombia. S. M., en las instrucciones que recibí, aprobó su conducta en Bolivia. Si la ocasión se presenta, me será fácil indicar al gobierno de Colombia que su nombramiento complacería a S. M. El señor Gual, más versado en los asuntos, podría ser su adjunto y el señor Miranda seguir a ambos”.



Pero mientras así se fraguaba el proyecto monárquico por una camarilla de políticos, la desautorización del Libertador a tan descabellada idea, no tardó en hacerse sentir: áspera, orgullosa, escrita por el secretario general Espinar, llegó la repudiación de Bolívar:

“Convenga o no a Colombia elevar un solio, el Libertador no debe ocuparlo; más aun, no debe cooperar a su edificación, ni acreditar por sí mismo la insuficiencia de la actual forma de gobierno”.

...El señor Vergara quedó muy sorprendido; Urdaneta cerró el puño. Restrepo presentó renuncia de la Secretaría del Interior, después de haber escrito al Libertador:

“En cuanto a la improbación, sin duda usted tendrá razones muy poderosas para hacerla, razones que respeto y no pretendo escudriñar... Los cuatro consejeros que firmamos el acuerdo para abrir la negociación, estamos persuadidos que obramos en virtud de órdenes de usted; acaso estaremos equivocados y entenderemos mal una orden repetida... Creemos poder contestar a la nación si se nos llama a juicio”.